



NÚM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 28 DE ABRIL DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



ran cosa seria que los negrazos de Haiti quisieran tambien anexionársenos como se ha dicho hasta con insistencia en la semana pasada: pero ante todo es preciso saber si ellos lo desean realmente; y asi como tenemos por natural, lógico y conveniente que los dominicanos aspiren á formar parte integrante de la nacion española, extrañaríamos que los haitianos nos prefiriesen á la Francia, cuya lengua hablan bien ó mal. De gustos no hay nada escrito; pero no seamos tan ambiciosos que queramos para nosotros no solo la perdiz sino hasta el mochuelo, que siempre se da al compañero en prueba de buena amistad. Si como se dice, los franceses preparan, con el auxilio de la voluntad nacional haitiana, la reincorporacion de la parte francesa de la isla que en tiempo del primer Napoleon se sublevó, debemos contentarnos con que nuestra aliada y amiga la Francia venga á ser nuestra vecina en América, como lo es en Europa y en Africa. Nosotros declaramos que no solamente veriamos resignados este desenlace, sino que le veriamos satisfechos. La vecindad de la Francia en América nos conviene porque somos de la misma raza.

La cuestion de Santo Domingo se encuentra en el mismo estado en que la dejamos en la última semana. Se ha publicado un manifiesto de fecha de ocho dias anterior á la proclamacion de la anexión, en que un general dominicano refugiado en Haiti denuncia al país la intencion del gobierno de agregarse á España y le llama á la revolucion. Ocho dias despues se verificaba la solemnidad de que hablamos en el número anterior, de donde se infiere que el manifiesto no produjo efecto alguno. Sin embargo, basta que haya quien no esté conforme con la agregacion para que el gobierno necesite someter la cuestion al mismo pueblo dominicano convocado por el sufragio universal. Los periódicos ingleses

han empezado á tratar seriamente esta cuestion y dicen que en poseyendo nosotros á Santo Domingo vamos á establecer allí la esclavitud. Milagro que no han añadido que íbamos á establecer tambien la inquisicion y á celebrar cada dia veinte autos de fe. Los que en Inglaterra tratan de escribir acerca de nuestras cosas empiezan por no saber el español, por desconocer nuestra historia, aun en la parte que está enlazada con la de su patria y por ignorar completamente nuestro estado actual. Despues de esto se creen ya calificados y aptos para hablar de nosotros. La España ha abolido la esclavitud en sus dominios; y aun cuando por razones económicas y humanitarias de gran peso la tolera allí donde se encontraba siglos hace establecida y arraigada (gracias al privilegio exigido y obtenido en el tratado de Utrecht por los ingleses que han sido siempre nuestros principales proveedores de esclavos) sus leyes asi como sus sentimientos y su filantropía, mas verdadera aunque no tan decantada, se oponen resueltamente á que esa institucion anticristiana se introduzca allí donde no exista y no hay gobierno ni puede haberle ya en España, aunque volvieren los tiempos del absolutismo teocrático, que cometiese la insensatez que los escritores ingleses con su cómica seriedad nos atribuyen. Asi es que nadie en España ha aconsejado al gobierno cosa alguna sobre este punto ni ha suscitado semejante cuestion: hubiera sido lo mismo que aconsejarle que no escupiera al cielo.

Sin embargo, prevemos que puede suceder una cosa; y es que en vista de las declamaciones de los diarios ingleses, el gobierno español se crea obligado para que no se estravie la opinion en Inglaterra, á hacer alguna declaracion en pleno parlamento; y si la hace, tendremos el gusto de ver á una parte de la prensa inglesa decir que á la energía del gabinete británico y á la firmeza y actitud imponente de su embajador en Madrid se debe que el gobierno no haya declarado *ipso facto* esclavos á todos los dominicanos y les haya enviado á moler café y á plantar cañas de azúcar: nuevo servicio que deberá la humanidad á la alta prevision de lord Palmerston y de lord Russell.

El 23 de abril, aniversario de la muerte del gran Cervantes, se verificó en la iglesia de las Trinitarias una solemne funcion fúnebre en memoria de aquel genio superior. La concurrencia fue numerosa y escogida: predicó el señor don Tristan de Medina, célebre orador que conmovió á los oyentes y que hubiera dejado aquel dia perfectamente sentada su reputacion de orador sa-

grado, si no la hubiese tenido ya justamente adquirida en otros sermones. En el próximo número daremos un grabado alusivo á esta ceremonia.

Por la noche en el teatro del Principe se celebró una funcion dramática con el mismo objeto. Comenzó por una preciosa loa del señor Hartzenbusch titulada la Hija de Cervantes, que comenzaremos á insertar en el próximo número para que los que no la hayan visto puedan juzgar de su superior mérito. Se representó despues la comedia *Don Quijote de la Mancha*, en que su autor don Ventura de la Vega con el buen gusto y el tacto literario que le distinguen, eligiendo los mejores episodios del libro inmortal de Cervantes, y trayendo oportunamente las palabras puestas en boca del ingenioso hidalgo y su escudero, ha sabido presentar de relieve las bellezas del libro. Calvo y Mariano Fernandez, el uno en su papel de don Quijote y el otro en el de Sancho, estuvieron inimitables. Despues, ante el busto de Cervantes fueron depositando coronas los actores que habian tomado parte en la funcion, y últimamente se leyeron composiciones de los señores marqués de Villaseca, Vega y Fernandez y Gonzalez que merecieron unánimes aplausos.

En la Zarzuela se ha representado la pieza en un acto titulada *Una Niña*, sin duda para formar el contraste con *Una Vieja*: el público gusta mas de la Vieja que de la Niña, y es que la primera tiene gracia, ligereza y armonía, y la segunda se resiente de pesadez, no obstante su título.

Han comenzado á salir á luz dos notables periódicos de medicina, el *Semanario médico*, dirigido por don José Simon, y el *Pabellon médico*, que ondea en la diestra mano del profesor don Félix Borrell. Ambos están muy bien redactados y defienden las que segun los inteligentes son las mejores doctrinas médico-farmacéuticas. El mejor de los dados es no jugarlos: Dios nos dé á todos mucha salud y larga vida; pero como el deseo no basta para librarse de enfermedades, y como la ciencia de curar es al fin una ciencia grande y necesaria, cuanto mejor se espliquen y mas se estiendan sus conocimientos y sus buenas prácticas estaremos mas seguros. Saludamos, pues, á estos nuevos colegas científicos con la mejor voluntad del mundo: el *Pabellon*, sobre todo, nos parece un periódico de gran progreso.

Se ha dado á luz la segunda edicion del *Romancero de la guerra de Africa* del joven poeta colaborador de *EL MUSEO*, don Eduardo Bustillo. El autor ha reconocido al fin la necesidad de una edicion económica, en-

teramente popular de su libro, edicion que debia al pueblo, porque para él parece espresamente escrito, como ha dicho muy bien Mr. Guardia, en un excelente artículo que publicó en la *Revue de l'instruction publique* de París. Dice tambien este notable crítico, que por el sentimiento y la entonacion que preside á sus cantos, el señor Bustillo encontrará un eco en todos los corazones, y subsistirá como un verdadero historiador de la expedicion gloriosa, que ha tenido el buen gusto de no celebrar como poeta de Academia.

Nosotros nos concretamos á dar nuestros sinceros plácemes al señor Bustillo, por los merecidos elogios que tributan los periódicos españoles y extranjeros á su primer obra, cuyo brillante éxito debe alentarle á continuar por el honroso y difícil camino que se ha trazado.

Se ha ratificado el convenio celebrado entre España y Portugal para asegurar la propiedad literaria en ambos Estados. Los autores de un país tendrán en el otro los mismos derechos que los nacionales, y las traducciones gozarán la misma proteccion. Si se aumentasen y facilitasen las comunicaciones con nuestros vecinos seria muy conveniente este tratado que hoy por hoy mientras no se aumenten creemos ha de tener poca aplicacion. ¿Se sabe por ventura en España lo que se publica original ó traducido en Portugal? ¡Oh señor Salamanca, señor Salamanca, háganos usted pronto ese ferro-carril de que está encargado: que esto ha de contribuir mas á que nos conozcamos que ninguna otra cosa, y cuando nos conozcamos nos amaremos y cuando nos amemos... Pero aquí hay que hacer punto final, no se diga que adelantamos demasiado el discurso.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISABEL LA CATOLICA.

SUS AMORES Y CASAMIENTO CON DON FERNANDO DE ARAGON (1).

IV.

En tales circunstancias ambos hermanos reclamaban el cumplimiento del compromiso de Guisando, donde se habia acordado entre otros artículos «que doña Isabel casaria con quien el rey acordase et determinase de voluntad de la señora infanta;» pero como fácilmente se comprende, la cuestion quedaba lo mismo antes que despues de este artículo, pues nada mas equívoco puede darse que los términos en que se hallaba concebido. El rey ademas habia roto muchas veces este tratado, y en realidad se cuidaba muy poco de cumplir su espíritu, pues ni aun su letra respetaba con frecuencia; así, al amenazar con medidas violentas despues de estos precedentes para coartar la voluntad de la infanta, descubria muy á las claras sus intentos sin poderlos ni aun paliar alegando á su favor los antiguos contratos.

Nada mas enérgico que la contestacion de la princesa; su ánimo recobró toda su fuerza, y revistiéndose su espíritu de las varoniles dotes que le adornaban, manifestó con la mayor decision á su hermano que no escucharía sus proposiciones, ínterin no se atuviera á lo estipulado en los toros de Guisando. Convencido el rey de la repugnancia de la princesa, y dispuesto á realizar sus amenazas, tomó las medidas oportunas para conducirla al alcázar de Madrid. Pacheco, que habia sido el alma, fue el ejecutor de este pensamiento, el que no pudo llevarse á cabo porque los partidarios de doña Isabel habian ganado á los vecinos de Ocaña, donde á la sazón residia, y estos se pusieron en su defensa prontos á verter su sangre por la libertad de la princesa. Viendo que don Enrique y los suyos no desistían por completo en sus intenciones, el arzobispo de Toledo persuadió á los habitantes de esta villa permitieran la entrada á su gente, si llegaba el caso de que se empleara la fuerza para sacar de allí á la infanta. Lo mas original en estos sucesos es que eran presenciados por los embajadores de Portugal, los que ni aun con ver la repugnancia de Isabel para tomar por esposo á su soberano desistían de sus pretensiones, antes bien, cumplido el término de su comision partieron á su país, «ni contentos ni desesperados,» como dice Palencia.

Y fue así en efecto, pues posteriormente á su marcha prosiguieron los tratos para la realizacion de esta boda. Uno de los motivos que pretestó doña Isabel para desahacerse de esta pretension, se fundaba en el grado de consanguinidad que tenia con el portugués; pero tenaz y decidido este, sin hacer caso de las anteriores repulsas, envió á la córte de Roma á solicitar la dispensa, creyendo quizá tener con esto alejados todos los obstáculos que se oponían al feliz éxito de sus deseos. Paulo, pontífice á la sazón, le otorgó la bula en 23 de junio de aquel año (1469). De la lectura de este documento que muy pocos historiadores hasta Clemencin han tenido presente, se deduce que «la princesa ó intimidada por las amenazas de su hermano, ó por disimular los tratos que se traían con el rey de Sicilia, habia prestado su

consentimiento para que se pidiese la dispensa con el de Portugal.»

El silencio de todos los escritores en este punto y la constante tradicion en que se afirma el cariño entre los príncipes de Aragon y Castilla desde su mas tierna edad, hacen dudar á primera vista de esta pretendida infidelidad de doña Isabel á su antiguo amante; llégase á adquirir la mas completa certeza y á convencerse del valor de este aserto, cuando se recuerda lo adelantado que á la sazón se hallaba el casamiento de la princesa y la repugnancia que siempre, antes de ahora, habia manifestado á dar la mas pequeña señal de consentimiento á cuantas proposiciones de enlace se la habian hecho; de todo lo cual se infiere que doña Isabel, aconsejada por sus partidarios y tal vez por su mismo amante, fingió acceder á los deseos de su hermano con el objeto de alejar sus sospechas ó convencerle de lo contrario de lo que en aquel mismo instante estaba ejecutando. Rasgo de política y astucia muy poco frecuente en la vida de esta princesa, y en que por vez primera se revela todo su genio y arte para salir de las posiciones equívocas donde por la suerte se veia colocada; pero mas extraño aun que su asentimiento es la candidez del de Portugal que cien veces despreciado llegaba á creer cedia voluntariamente á ser su esposa, la que poco antes habia arrojado todo el enojo é ira del rey su hermano por solo dar una negativa. La causa porque la princesa en dos tan parecidas situaciones obró de tan diversa manera, es muy fácil de adivinar. No segura del cariño y firmeza de su amante, temió perderle en la primera ocasion si manifestaba la menor debilidad cuando se trataba de arrostrar por él toda clase de disgustos y peligros; en la segunda, por el contrario, convencida de que era adorada, viendo ya próximo á efectuarse su casamiento, no vaciló en engañar á su tiránico pretendiente. Ademas, que tal vez y no sin motivo previó que de esta mentira provendría el feliz éxito de sus esperanzas. ¡Admirable prevision exclusiva del corazón de la mujer!

Don Enrique, con el objeto de hacer ratificar por las córtes el convenio ajustado en los toros de Guisando, las habia convocado para Ocaña á esta sazón, y en ellas, segun lo pactado, debia ser reconocida su hermana como sucesora suya en el trono. Sin embargo, los anteriores acontecimientos y el natural desagrado con que á consecuencia de ellos la miraba, le hicieron vacilar en su propósito y detuvo por algun tiempo la reunion de los brazos del reino; valióle de excusa para esto la necesidad en que se encontraba de marchar personalmente á sus Estados de Andalucía, donde los pueblos y los nobles andaban mezclados en grandes luchas y revueltas, las que solo su presencia se suponía podría apaciguar. Próximo á emprender su viaje y deseando poner algun orden en los negocios de la princesa, en particular en el del casamiento que tan de cerca le tocaba, ideó, aconsejado de su valido don Juan Pacheco, obligar á doña Isabel á que prestara juramento «de que ninguna novedad haria en su matrimonio.»

«La idea del Maestre, dice Clemencin, verdadero autor de esta y de todas las demás operaciones del rey, era que doña Isabel incurriese en la nota de poco fiel á los pactos anteriores si rehusaba prestar el juramento, perdiendo de este modo la opinion y amistad de los grandes bien intencionados que la seguían, y en el caso de hacer el juramento y quebrantarlo, que el rey pudiese declararla perjura, y como tal darla por privada de sus derechos.» La princesa con su natural prevision y energía obró en estas circunstancias como en todas las que de igual clase tuvo que atravesar en los dias de su larga existencia. Con el mayor tacto supo esquivar las encubiertas asechanzas de sus declarados enemigos saliendo victoriosa de este nuevo lazo diestramente tendido á sus inocentes intentos.

La partida de don Enrique y su privado debia alejar todos los inconvenientes que se oponían al matrimonio con don Fernando. Los instantes eran críticos, las circunstancias inminentes y doña Isabel que con plena voluntad habia permitido se practicaran las diligencias matrimoniales antes de prestar el juramento que se la quiso imponer, creyó oportuno continuar en su propósito, no haciendo caso de las peripecias nuevamente ocurridas.

A los autores que afirman prestó semejante juramento, se oponen otros que son de la opinion contraria, mas su conducta posterior, y el no haberse nunca su hermano atrevido á hacerla una acusacion por haber faltado á este compromiso, cuando hizo lo opuesto á lo que por él se la exigía, nos obligan á unirnos á los segundos, vindicando su memoria sobre este suceso, y aplaudiendo la energía con que obró apenas salió para Andalucía el monarca castellano.

Con objeto de llegar mas pronto al término deseado y vencer con mayor facilidad todos los obstáculos que en adelante se opusieran á la conclusion del proyectado enlace, doña Isabel se trasladó de Ocaña á Castilla la Vieja, suponiendo lo hacia con el deliberado intento de cuidar se condujera á Avila desde Arévalo, donde estaba depositado, el cadáver de su hermano don Alonso. Esparcida esta voz se dirigió á Madrigal, donde residia la reina viuda, su madre, y en su compañía permaneció por largo tiempo oyendo sus consejos, y obrando bajo sus inspiraciones en el asunto del casamiento.

Hallándose en esta villa llegó á su presencia una em-

bajada, cuyo jefe era el cardenal de Arras, el que en connivencia con el monarca de Castilla, se la presentó en nombre del rey Luis de Francia para hacerla proposiciones de boda con su hermano Carlos, duque de Berry y Guiena. La situacion de la princesa volvió á ser en ella la puso fue el hábil Maestre de Santiago, eterno revolvedor y opositor constante al matrimonio con el de Aragon. Conociendo este las pocas esperanzas con el de Aragon ya quedar de que se verificara el acordado con el monarca portugués, consiguió con no escasos esfuerzos resucitar este ya casi olvidado proyecto, y atraer al rey de Francia á una liga, cuyo principal objeto era deslazar el enlace que se recelaba próximo á ejecutarse con el monarca de Sicilia. Don Juan Pacheco, alma de todos estos tratos, hizo venir una embajada de Francia, la cual fue recibida por don Enrique en Córdoba, y en Setre la destreza de hacer llegar á oídos del rey la noticia del viaje de su hermana á Madrigal. Don Enrique conoció entonces la sospecha, ó por mejor decir se confirmó en ella, suponiendo se verificaria muy en breve el casamiento con el heredero de Aragon. Como esto no convenia al rey, y menos aun al maestre, para ponerle algun entorpecimiento, se invitó al cardenal á que marchara á ver á doña Isabel «y la requiriera que no casase con don Fernando, y prefiriese al duque de Berry.»

El cardenal, con una docilidad sin ejemplo, marchó á Madrigal y se presentó á la princesa, quien á su vez le escuchó estando presentes su madre y otros personajes; pero á pesar de los consejos que debió recibir de estos antes de decidirse á admitir en audiencia al cardenal, no pudo menos de llenarse de perplejidad al oír sus proposiciones, respondiéndole á ellas «que habia de seguir lo que las leyes de estos reinos disponian en gloria y acrecentamiento del ceptro real de ellos.» En esta respuesta mas acaso que la astucia, se revela cierto sentimiento indefinible que en muy pocas circunstancias se encuentra en la larga serie de las porque pasó esta esclarecida princesa. No creemos la faltara la decision hallándose tan adelantado como se encontraba su enlace; pero es que consejos ó temor acaso de la liga que en contra de los Estados de su futuro esposo pudiese prepararse para tomar venganza, la obligó en cierta manera á dulcificar su negativa. Y esto que se desprende de las anteriores palabras, puede corroborarse, y halla cierta confirmacion en los hechos que en adelante habremos de relatar, y que naturalmente se desprendieron de este mensaje.

Otra cosa resalta tambien en esta respuesta, y es que la princesa temiendo cargar con toda la responsabilidad de su casamiento, y deseando al mismo tiempo descargarse de la de su negativa, apelaba á las córtes para compartirla con ellas. El cardenal, que ya debia estar muy satisfecho en su interior de lo que era el parecer y consejo de los grandes castellanos á que la princesa apelaba como interesados en el asunto, dice Palencia «que mal contento se partió á Francia.»

Doña Isabel, aconsejada de su madre, no habia dejado de tomar sus precauciones antes que las cosas llegaran á tal estado; pues con este objeto «habia enviado á Francia un capellan suyo, hombre fiable, llamado Alonso de Coca, para que mirase al duque de Guiena, y lo mismo hiciese de don Fernando, príncipe de Aragon, porque pudiese á la princesa y á la reina, su madre, aconsejar lo que mas convenia. Y venido relató á la princesa todo lo que conoció destos príncipes, diciendo en cuantas excelencias escedia el príncipe de Aragon al duque de Guiena, cómo el príncipe fuese de gesto y proporcion de persona muy hermosa, de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiese, y que el duque de Guiena era flaco y femenino, y tenia los pierns tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad, de manera que antes de poco tiempo habria menester mas quien le adiestrase, que caballo ni armas para usar de caballería. Y allende de esto, demás las costumbres francesas ser muy diferentes de las españolas... Lo cual todo la princesa oyó alegremente porque en todo favorecia al deseo de su voluntad, que era casarse con el príncipe de Aragon.»

El párrafo anterior nos da á conocer la prudencia de esta señora, lo mismo que la justicia con que en su corazón prefería á don Fernando; su ternura se hallaba dignamente colocada en este monarca que á sus dotes personales reunia las mas esclarecidas virtudes de alma, siendo realmente el único esposo á propósito para compartir con doña Isabel las penas y placeres de la existencia.

Los grandes del partido aragonés, á cuyo frente figuraba el arzobispo de Toledo, no se descuidaron entre tanto para acelerar la union de ambos príncipes. Contaban ya con la palabra de doña Isabel, y érales notoria la superior predileccion con que miraba á este sobre los demás casamientos que se la habian propuesto; así el llegar á efectuarle con alguna rapidez les era sumamente fácil aprovechando las circunstancias que á ello les brindaban y la buena disposicion de ánimo de la princesa. La ausencia del rey les ofrecia tambien oportuna ocasion para llevar adelante con la mayor celeridad sus intentos, y así lo mismo el arzobispo que todos los grandes de su partido juzgaron conveniente asir la fortuna que se les presentaba, removiendo los obstáculos que se les opusieran á la pronta realizacion de la boda.

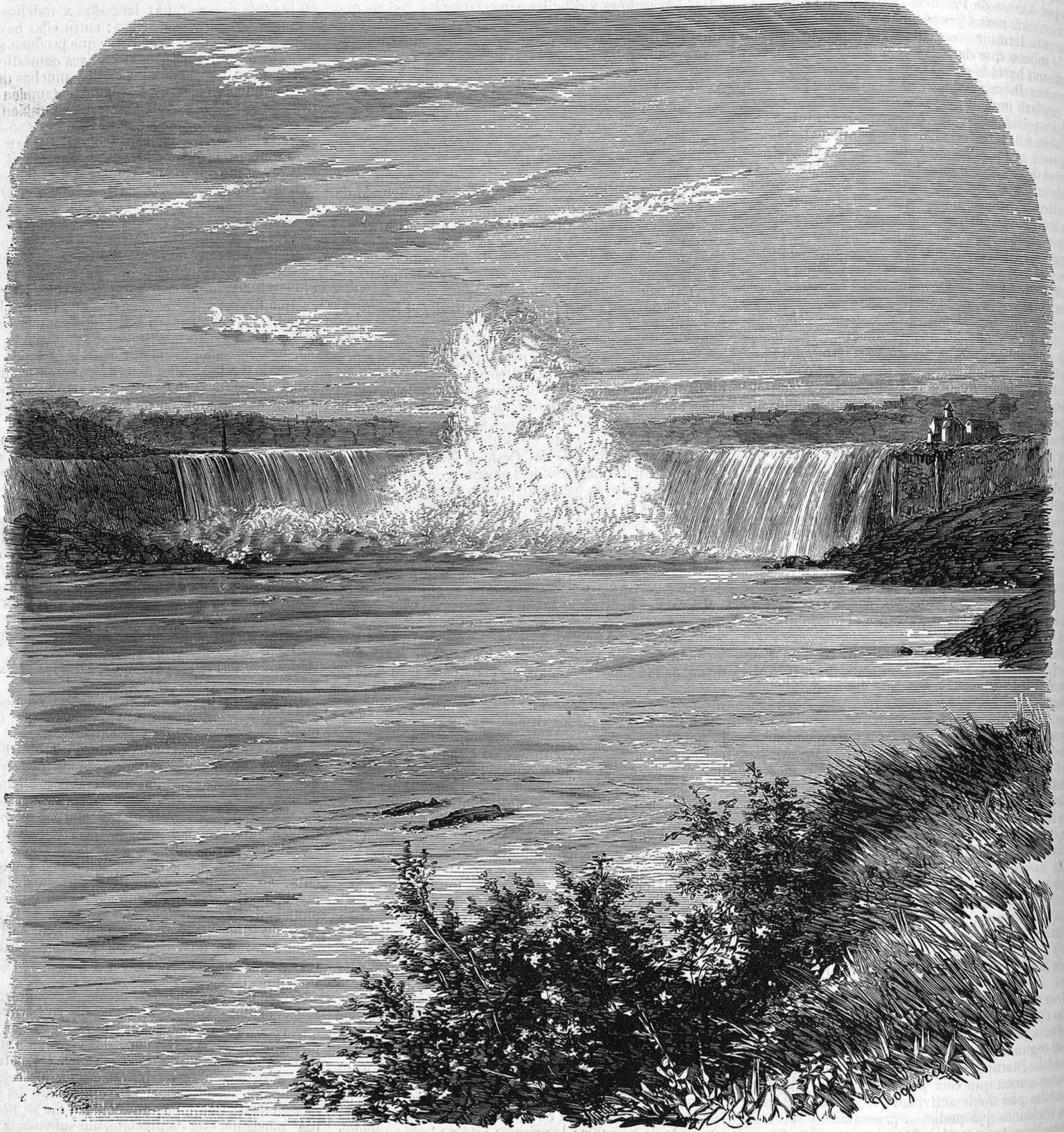
(1) Véanse los números 14, 15 y 16.

último lograron establecerse en la parte Oeste de la isla, la cual fue cedida á los franceses por el tratado de Ryswick en 1697. La línea divisoria entre las dos colonias comenzaba al Norte en el rio Matanza, se dirigia hácia las fuentes del Guaymuco, seguia la cresta de la Montaña Negra y la de las montañas de los Cahots, cortaba el Artibonito, y pasaba por el Morne du Tonnerre, la montaña de los Grandes Bosques y la laguna ó lago de Somache, terminando en el Pedernales.

La colonia francesa siguió progresando hasta el tiem-

po de la revolucion, sin tener en este largo intervalo mas contratiempo que la rebelion de los negros en 1722, que fue reprimida en poco tiempo. Sin embargo, las ideas revolucionarias de la Francia se estendieron tambien por la isla, y aprovechándose los negros de las disensiones que habia en sus dominadores, tomaron las armas y todo el territorio francés quedó devastado y convertido en un inmenso lago de sangre. Estas ocurrencias tuvieron lugar en 1791 y en 1793. Los ingleses entonces, aprovechándose de la anarquía que reinaba

en la isla, trataron de hacerse dueños de ella; pero Santos Louverture, que se habia hecho célebre en la revolucion, desbarató los planes de los ingleses y proclamó la independencía de los negros en 1801. El gobierno francés envió entonces al general Leclerc y á algunos otros jefes para restablecer el órden. Las tropas de Leclerc consiguieron algunas ventajas, y por último se apoderaron de Santos, que se hallaba abandonado de sus compañeros Cristóbal y Dessalines, y le enviaron á Francia, donde murió en un calabozo de Besançon

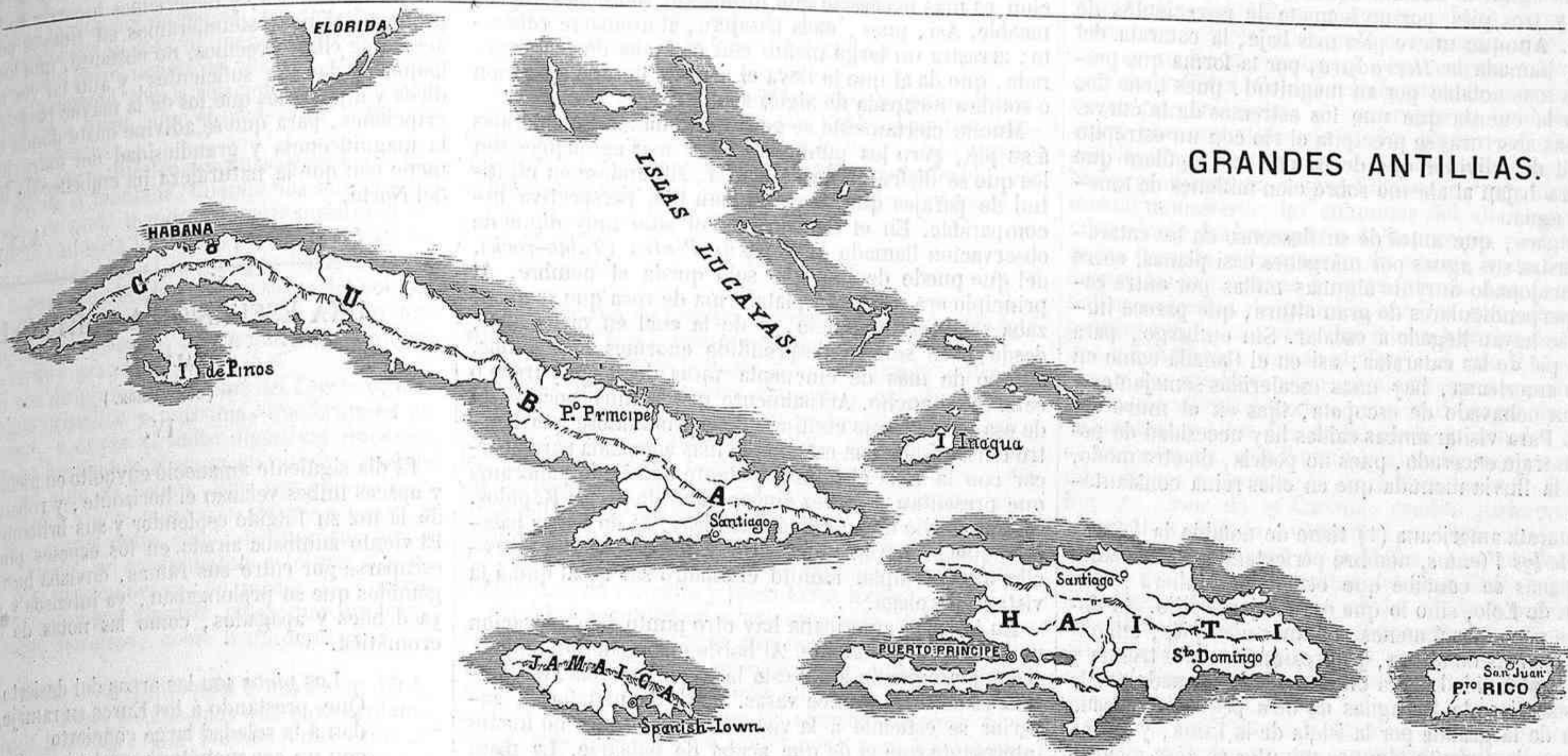


CATARATA DEL NIÁGARA, LLAMADA LA HERRADURA EN EL CANADÁ.

el 27 de abril de 1803. A pesar de esto, los negros derrotaron completamente al general Leclerc, y cuando este murió se vieron obligadas las tropas á retirarse al mando de Rochambeau. Dessalines, que habia sucedido en el mando á Santos, estableció un gobierno regular, volvió á la isla su antiguo nombre de Haití y se hizo proclamar emperador con el nombre de Jacobo I; pero la escésiva crueldad de su carácter fue causa de que muriera asesinado en 1806. Cristóbal se apoderó entonces del poder, pero la ciudad de Puerto-Príncipe que se le habia opuesto, proclamó la república y nombró por presidente al mulato Petion. Los combates que hubo entre ambos, no tuvieron resultado definitivo, por lo que los dos gobernaron al mismo tiempo, el primero en la parte del Norte y el segundo en la del Sur. Petion murió en 1818, y Cristóbal, que habia tomado en 1811

el título de rey con el nombre de Enrique I, se suicidó en 1820, al ver la rebelion de sus tropas. Boyer, que habia sucedido á Petion, reunió á la muerte de Cristóbal la parte del Norte á la del Sur, formando una sola república, que se aumentó en 1822 por la anexion de la parte Este de la isla, que habiendo sido cedida á la Francia por el tratado de Basilea en 1795, fue devuelta á la España por el tratado de París de 1814. Entonces se entablaron negociaciones para que el gobierno francés reconociese la república de Haití, pero no tuvieron resultado alguno hasta el mes de abril de 1825, en cuya época la Francia reconoció la independencía de la parte que poseia en la isla, mediante una concesion de 150.000.000 de francos que debia pagar la república para indemnizar á los antiguos colonos franceses de las pérdidas que habian sufrido.

Soulouque, que habia sido elevado á la presidencia de la república de la poblacion negra de Haití el 1.º de marzo de 1845 y proclamado emperador el 29 de agosto de 1849, trató varias veces de apoderarse del territorio dominicano, pero fue rechazado siempre; á fin del año 1858 meditaba aun otra expedicion contra él, cuando la conspiracion de Geffrard le arrojó del trono. Soulouque durante el tiempo de su reinado estuvo dominado por la pasion de hacerse rico; para lograrlo retrocedió ante ningun obstáculo y se entregó á todo género de escesos, que le hicieron odiado en el país. Sin embargo, la tenacidad de su carácter le hizo sostener la lucha durante algun tiempo aunque al fin se vió obligado á abdicar. Geffrard fue nombrado presidente y desde entonces dió prueba de sus buenos deseos de organizar el país, y ha logrado en efecto poner térmi-



no á los males que habia producido la dominacion de Soulouque. Apenas se habia instalado como presidente de la república, cuando hizo una tregua con el gobierno de Santo Domingo; esta tregua era un verdadero beneficio para la parte española de la isla. Los dominicanos se hallaban profundamente divididos por la guerra que se hacian Santana y Baez que ambos querian la presidencia de la república; por último, logró triunfar Santana y ha tenido la fortuna de poder arreglar amistosamente las cuestiones que se habian suscitado con Holanda y Dinamarca á consecuencia de la captura de dos buques de estas naciones, que se habia hecho por el gobierno dominicano.

La república dominicana comprende próximamente las dos terceras partes de la isla de Haití y viene á tener unas ciento cuarenta á ciento cincuenta mil almas; mientras que la república haitiana tiene una poblacion de setecientas á ochocientas mil almas, que pertenecen casi todos á la raza africana. Los dominicanos hablan la lengua española; parte de ellos son negros aunque se dan el nombre de blancos del país; con respecto á la civilizacion se hallan muy atrasados y aun en la parte material no saben sacar todo el producto que podrian obtener de la riqueza y feracidad de su suelo.

A.

naturaleza en estado salvaje, y solo la aficion á lo maravilloso pudo inducirle á arrostrar las muchas dificultades y peligros que semejante peregrinacion ofrecia entónces. ¡Cuál no seria su apuro, de hallarse suspendido de un brazo sobre un abismo, al cual tuvo que ceder por último, salvando la vida como por milagro, cuando carecia de los elementos precisos para salir del precipicio! Al

hacerse cargo de los tormentos de situacion tan angustiosa, parece un sueño que esos mismos sitios en que la naturaleza salvaje solo conserva un resto de sus fueros en las escarpadas orillas del Niágara, se hallen poblados ahora como por encanto, de lindos y pintorescos edificios, dispersos por toda la campiña, á que da vida y animacion la multitud de curiosos que acude de todas

las regiones del globo á pagar un justo tributo de admiracion á las cataratas del Niágara. Caminos cómodos para el uso de los carruajes, ferro-carriles que cruzan en todas direcciones y permiten á las locomotoras salvar el abismo á la altura de ochenta ó noventa varas, esplican bien el movimiento que actualmente se advierte á todas horas en unos parajes ignorados por la raza blanca hasta hace ciento ochenta años. En un radio de algunas millas, á contar desde el pueblo de Niágara, hay tal multitud de sitios pintorescos, que fuera tarea harto difícil el intentar describirlos. Forzoso, pues, nos será limitarnos á hablar del curioso fenómeno, que mas llama la atencion, y de aquello que mas directamente se relaciona con él.

El curso del Niágara, muy agradable á la vista, desde su origen en el lago Erié, tanto por la frondosidad de sus márgenes, como por el caudal de sus aguas, empieza á escitar vivamente el interés á un tercio de legua del precipicio. En efecto, sino se hallaran tan próximas las cataratas, que disminuyen y neutralizan el encanto de las demás escenas, los Rápidos por sí solos merecerian un viaje, para gozar de la agradabilísima vista que en ellos presentan las aguas. Estendidas estas por una dilatada anchura, que á veces escede de media legua, y corriendo por una gran pendiente sembrada de rocas que suelen salir á flor de agua, es difícil esplicar el aspecto que presentan las olas y rompientes de la enorme cantidad de líquidos que en desordenado tumulto, manifiesta en cierto modo su impaciencia por llegar al borde del precipicio y dar el maravilloso salto.

Antes de ejecutarlo, la isla de la Cabra se interpone al paso del rio, obligándole á dividirse en dos grandes brazos, uno de los cuales forma en su caída una catarata. La del territorio

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



RUEDOS, EL RUEDERO.

LAS CATARATAS

DEL NIÁGARA.

Vamos á describir una de las mayores maravillas de la naturaleza, uno de esos fenómenos que, no por haber sido pintados por plumas como la del vizconde Chateaubriand y otros célebres viajeros, pierden parte alguna de su interés, cuando, como ahora nos proponemos hacerlo, se despoja un tanto esa pintura del tinte fantástico con que algunos mas entusiastas que verídicos, han revestido su descripción, y se la presenta con todo el carácter de la exactitud, sin el cual no es posible concebir la realidad de las cosas.

En la época en que el vizconde mencionado visitó aquellos pintorescos paisajes, es decir á últimos del siglo pasado, todo el terreno se hallaba desierto y la

americano, enclavada en el Estado de Nueva-York, lanza sus aguas al abismo desde una altura de ciento sesenta y tres piés, por un boquete de novecientos de anchura. Aunque nueve piés mas baja, la catarata del Canadá, llamada la *Herradura*, por la forma que presenta, es mas notable por su magnitud, pues tiene dos mil piés la cuerda que une los extremos de la curva. Por ambas aberturas se precipita el rio con un estrépito mas fácil de adivinar que de describir. Cálculase que cada hora bajan al abismo sobre cien millones de toneladas de agua.

El Niágara, que antes de su descenso en las cataratas, arrastra sus aguas por márgenes casi planas, corre luego encajonado durante algunas millas por entre escarpes perpendiculares de gran altura, que parece imposible se hayan llegado á escalar. Sin embargo, para bajar al pié de las cataratas, asi en el Canadá como en la parte americana, hay unas escalerillas semejantes á un cañon ochavado de escopeta, fijas en el muro del escarpe. Para visitar ambas caídas hay necesidad de ponerse un traje encerado, pues no podría, de otro modo, sufrirse la lluvia menuda que en ellas reina constantemente.

La catarata americana (1) tiene de notable la famosa *Cueva de los Vientos*, nombre perfectamente adecuado, pues apenas se concibe que otra cosa pudiera ser la mansion de Eolo, sino lo que es semejante sitio. Su anchura es poco mas ó menos, de unos cien piés, teniendo algunos mas de altura, y aproximadamente treinta y dos de profundidad. Esta cueva ha sido formada por la accion excesiva de las aguas de otra pequeña cascada dividida de la grande por la isleta de la Luna, y la estancia en ella durante algunos minutos es cosa magnífica y grandiosa, pudiendo formarse allí una idea aproximada del verdadero Caos. El estruendo del agua al caer y estrellarse en las rocas y la abundantisima lluvia que hay siempre en el aire, procedente de diversas direcciones y del rechazo violento de las paredes de la gruta, unido á la enorme presion que sufre sin cesar el mismo aire, pudieran hacer presumir al que temerariamente visita esa mansion de las tempestades perpétuas, que iba á perecer sin remedio entre ellas, á no descubrir por entre la cortina del agua, el mágico arco iris con colores vivísimos que alienta su esperanza, como diciéndole que fuera de aquel estrecho recinto en que reina tan indescriptible borrasca, la naturaleza se halla serena y bonancible.

Después de haber gozado de tan imponente espectáculo, como la respiracion es difícil mientras se permanece contemplándole, esperiméntase luego un alivio muy agradable, cuando se vuelve á respirar con libertad. Alguna parte del sexo varonil que concurre á visitar la Cueva, cruza su estension para llegar al pié de la gran caída ó cascada americana, y los mas atrevidos dan muestra de su osadía, paseando ó saltando por las rocas bañadas por el rocío mas que copioso que produce el agua al estrellarse, dejando, en señal de su arrojo, plantada alguna bandera, cuando logran avanzar hasta donde otro no lo hizo. Una silla fija entre alguna de las rocas ofrece asiento al temerario que desea reposar un minuto en medio del mas deshecho aguacero.

Esto es lo que descriptivamente puede decirse de la cascada americana, considerada al pié. Mas por lo que respecta á la sensacion que en el ánimo produce la maravilla que se admira, teniendo en cuenta las proporciones gigantescas del volúmen de agua que se despeña, la altura y el estruendo aterrador, es mas fácil aproximarse á la realidad con la imaginacion, en cuanto es posible, que por medio de palabras.

La *Herradura* ó catarata del Canadá solo es accesible por dicho territorio; y una pequeña y angosta senda permite andar ocho ó nueve varas detrás de la inmensa cortina que forma el agua al caer. Todavía es mayor aquí el sentimiento de imponente admiracion que sobrecege el ánimo, que el experimentado dentro de la Cueva de los Vientos. El ruido del agua en su descenso es tremendo, el silbido del viento desalojado con extraordinaria violencia por la columna colosal de líquido que se desgaja de la roca es atronador, la neblina espesa de agua que flota en aquella concavidad obliga amenuado á cerrar los ojos, y una masa titánica de piedra amenaza desplomarse á cada momento sobre el observador. A pesar de estas circunstancias, que afectan un tanto la calma de toda persona, y del efecto aterrador que causa el rugido del abismo que se tiene á los piés, y del que se eleva á considerable altura una turbulenta columna de vapor, á todo miedo y peligro se sobrepone la magnificencia que ofrece en su observacion una cortina de agua cuyo espesor se calcula en el centro de siete varas.

Después de acercarse tanto á las cataratas, se las visita en un vaporcito conocido con el nombre alegórico de la *Doncella* ó *Dama de la Niebla* (*the Maid of the Mist*), en el cual se da un paseo muy agradable por las hirvientes aguas del Niágara, llegándose casi á rozar las cortinas de ambas cascadas. Tal es la proximidad á que se pasa, que es imposible durante algunos minutos, resistir la fuerza del viento y de la lluvia, siendo forzoso volver la espalda. Flotando en el aire millones de millones de gotas de agua, por todas partes se ostenta el es-

(1) En uno de los próximos números daremos el grabado de esta catarata.

plendente arco iris con tal viveza de colores, que la imaginacion no se cansa de admirarlo. Para esta expedicion es mas necesario que nunca un sobretodo impermeable. Asi, pues, cada pasajero, al asomarse cubierto, arrastra un largo manto con capucha de tela encerada, que da al que lo lleva el aspecto de una aparicion ó sombra escapada de algun sepulcro.

Mucho ciertamente se goza examinando las cataratas á su pié, pero los puntos de vista mas agradables son los que se disfrutan desde arriba, situándose en multitud de parajes que proporcionan una perspectiva incomparable. En el Canadá hay el sitio muy digno de observacion llamado la *Mesa de Piedra* (*Table-rock*), del que puede decirse que solo queda el nombre. Al principio era una gran plataforma de roca que se avanzaba sobre el precipicio, y de la cual en varios años, desde 1818 se han desprendido enormes fragmentos, alguno de mas de cincuenta varas de largo y trece ó catorce de ancho. Actualmente queda muy poca parte de esa meseta, que continúa desmoronándose; pero entre tanto ofrece una estacion la mas adecuada para abarcar con la vista el nunca bastante admirado panorama que presentan á la vez ambas cataratas y los Rápidos. No hay medio de coordinar las ideas, ni de hallar palabras que pinten la imperecedera impresion que se recibe al contemplar atónito el cuadro sin igual que á la vista se despliega.

En la parte americana hay otro punto de observacion no menos sorprendente. Al borde mismo del precipicio, y como asomando á él, está la torre *Terrapia*, cuya altura es de unas quince varas. Desde la plataforma superior se estiende á la vista otro panorama no menos interesante que el de que acaba de hablarse. La masa de agua que los Rápidos acarrearán sin cesar al sediento abismo que nunca llega á saciarse, y el salto que da, convirtiéndose mucha parte en espuma, considerados desde dicha torre, son otro de los muchos espectáculos que se graban para siempre en la memoria, sin que haya medio de exagerar su grandiosidad.

Tampoco existe manera de agotar el interés que bajo todas formas presenta al observador la escena de que tratamos. Muy someramente hemos apuntado el grandísimo atractivo de las cataratas cuando las hieren los rayos solares. Pero cuando la luna llena derrama sobre ellas sus tibios resplandores, hay tambien una poderosa razon para acudir á las orillas del Niágara, á gozar de la mágica escena que entonces se produce, pudiendo decirse que (en cuanto esto es posible), las cataratas son en tal caso mas hermosas que cuando el sol las ilumina. ¿Cómo, en efecto, espresar el misterioso encanto que se siente desde la isla de la Luna, que tiembla bajo los piés del observador, merced al rudo embate de las aguas que se despeñan por dicho punto, cuando se admira el hermosísimo arco lunar que forma el astro de la noche, al hallarse bastante elevado sobre el horizonte? La torre *Terrapia* y todos los demás sitios de perspectiva se hallan constantemente coronados de espectadores, para quienes el tiempo huye sin sentirlo, embebidos como se encuentran, con la magia del Niágara.

Su influjo sobre la imaginacion es irresistible y explica muy bien la singular historia del Ermitaño de las Cataratas. Vamos á referirla.

Un individuo llamado Francisco Abbot se dejó ver en el verano de 1829 como uno de los muchos curiosos que afluyen deseosos de visitar las cataratas. Cargado con una cartera, varios libros y algunos instrumentos músicos, se propuso pasar unas semanas á fin de saciar su curiosidad y reconocer todos los sitios dignos de ser visitados. Pero lejos de lograr su propósito, la sublimidad de aquellas escenas le encadenó de tal modo al terreno, que resolvió vivir en él día y noche, para no perder ocasion de admirarlas. Ni los rigores del invierno, que son allí muy grandes, fueron bastante poderosos para hacerle abandonar la residencia que habia elegido. Veíasele pasear durante la noche por los sitios mas peligrosos, asomándose al abismo, puesto á caballo ó de pié sobre una viga, cuya estremidad se avanzaba algunos piés hacia el fondo. A los dos años de su instalacion, en una mañana de junio perdió la vida bañándose en las aguas en cuya estática contemplacion habia pasado sin duda momentos deliciosos.

A dos millas de las cataratas se halla el puente colgante de que mas arriba se ha hecho mencion, obra sumamente atrevida, y que no obstante su solidez de construccion, aparenta ser muy ligera, lo cual contribuye no poco á realzar su hermosura. El cruzar las doscientas sesenta varas de longitud que ofrece el puente, sosteniéndose en el estribo de los coches para gozar mejor del golpe de vista que asi se disfruta de las cataratas es un espectáculo de gran interés y del cual todos los viajeros procuran aprovecharse. En tiempos de supersticion, es indudable que el vulgo se hubiera complacido en atribuir esta obra al poder de algun espíritu maléfico, y en verdad hubiera sido disculpable tal creencia, porque es difícil comprender cómo se han llegado á superar los grandes obstáculos que la naturaleza del terreno ha debido ofrecer para la ejecucion del puente. Aparte de esto, está construido con tal ligereza, que mas bien pudiera presumirse construido para el paso de objetos de muy escaso peso, que para el considerable que arrastran las locomotoras y trenes de ferro-carriles. Vano empeño seria, por lo demás, el de hacer for-

mar, per una mera descripción, cabal idea de lo que hay que admirar en las cataratas del Niágara sus inmediaciones, y temeríamos incurrir en la nota de prolijos, si nos estendiéramos en nuevos pormenores acerca de ellas. Creemos, no obstante, que los que se bamos de dar son suficientes, y aun tal vez mas que suficientes, para que se adivine hasta donde es posible la magnificencia y grandiosidad del maravilloso espectáculo del Norte.

A. F.

UNA ESCURSION A PORTACELI.

VALENCIA.

(CONCLUSION.)

IV.

El día siguiente amaneció envuelto en nieblas. Demasiado opacas nubes velaban el horizonte, y robaban al sol de la luz su fúlgido esplendor y sus brillantes colores. El viento zumbaba airado en los espesos pinares, y escaparse por entre sus ramas, enviaba hasta nosotros gemidos que se prolongaban, ya intensos y profundos, ya débiles y apagados, como las notas de una escala cromática.

Los pinos son las arpas del desierto
Que, prestando á los Euros su ramaje,
dan á la soledad largo concierto
con un eco monótono y salvaje.

Esto ha dicho de los pinos en bellísimos versos Arribas. La naturaleza, doliente, melancólica, rodeada de sombras, tiene tambien sus encantos, lo mismo que cuando se viste sus mas ricas galas, y aparece risueña, radiante, adornada de luz y de flores.

Nosotros habíamos soñado una ascension á las montañas. Queríamos subir aquellas rápidas pendientes, trepar á aquellas cumbres no holladas quizá mas que por los rebaños de cabras; nuestra imaginacion se complacía en vernos de pié, sobre la cima mas alta,

Con la frente allá en las nubes
Y por pedestal la tierra,

como ha cantado tambien el malogrado poeta valenciano.

Lo desapacible del día no fue bastante á retraernos de nuestro propósito. Hicimos los preparativos necesarios, y emprendimos resueltamente nuestra jornada, precedidos de un guia conocedor del terreno.

Era un hombre como de treinta á treinta y seis años, alto, esbelta, ágil y robusto, al mismo tiempo. Aragonés de origen, llevaba impreso en su semblante ese sello de honradez, de lealtad y franqueza, que es peculiar de sus compatriotas, sin tener el aspecto brusco y las maneras demasiado espontáneas que se atribuyen á los valientes hijos del Ebro. Llamábase Ciriaco, y pertenecía en calidad de criado ó mozo de labor á la servidumbre de la granja.

No estrañe el lector estos pormenores. Bastante tiempo ha inmortalizado la Historia á los tiranos ilustres y los grandes bandidos; justo es hoy reclamar un renombre de sus páginas de oro para un oscuro labriego, que quizá ha tenido mas parte en el progreso humano, manejando el azadon ó guiando el arado, que Atila y Gengis-Kan, blandiendo su terrible acero.

Ciriaco nos acompañaba en nuestra ascension; Ciriaco nos mostraba los senderos mas accesibles; Ciriaco nos sostenia cuando nuestras fuerzas flaqueaban; Ciriaco era, mas que nuestro guia, nuestro salvador y nuestra providencia en aquella expedicion atrevida.

Por fin llegamos á la cima de la montaña. ¡Qué magnífico panorama se presentó entonces á nuestra vista! El sol, oculto por las nubes en aquel punto del horizonte, brillaba mas allá en todo su esplendor, y nos permitió distinguir claramente cuantos objetos nos rodeaban. Nuestros piés, sobre un campo de esmeralda, se alzaban sobre multitud de pueblecillos con sus almenados castillos moriscos y sus esbeltas torres cristianas; el bellísimo lago de la Albufera ostentaba sus ondas rielantes á la derecha, y en frente se estendia el Mediterráneo, como una inmensa sábana de plata.

Largo tiempo permanecimos contemplando aquel espectáculo, y aun habríamos continuado en esta actitud, si Ciriaco no nos hubiera avisado que era ya tarde, y teníamos que andar mucho camino. Empezamos entonces á descender por la pendiente opuesta, saltando de breña en breña, como verdaderas cabras montesas, trasponiendo derrumbaderos, columpiándonos al borde de mas de un abismo, y al llegar á la mitad de la altura, nos encontramos delante de un agujero abierto en la roca viva. ¡Era la entrada de una cueva profunda, pero baja, donde podrían caber hasta quince ó veinte personas.

—¡La cueva de Inés de Moncada!
Esclamó nuestro guia, y reduciendo todos cuanto era posible sus dimensiones, para no estrellarse en las piedras, penetramos en ella, creyendo hallar todavía vestigios de la venerable eremita, que, abandonando el

mundo y el hogar paterno en medio de la juventud y de la belleza, pasó allí sus días consagrada á la oracion y á la penitencia.

Tan legítima curiosidad no quedó, sin embargo, satisfecha. La gruta era ni mas ni menos que otra cualquiera, y nuestra permanencia en ella solo sirvió para edificarnos un momento con la relacion de las virtudes y los milagros de la Santa, que el piadoso B.*** tuvo la amabilidad de hacernos.

Continuamos, pues, nuestro descenso, y en breve nos hallamos al pié de la montaña. Cuando nos detuvimos á cobrar aliento, no pudo menos de llamar nuestra atencion su aspecto. Cubierta por todas partes de altos y esbeltos pinos, azotada por el viento que hacia ondular sus espesas copas, alumbrada por los rayos del sol que empezaba á declinar al ocaso, parecia un estenso lago de ondas inquietas y rielantes, ó bien una gran alfombra bordada de verde y grana.

Desde allí nos dirigimos á la Fuente del Lentisco, manantial de agua cristalina y purísima, que brota en un sitio pintoresco, y cuyas virtudes digestivas quisimos poner á prueba haciéndola alternar en nuestra comida con el escelente vino de Bétera. Ella nos comunicó á todos tal agilidad y vigor, que varios de mis amigos, y dos de los mas graves entre ellos, distinguidos juristas por cierto, se encamaron á lo mas alto de un pino, y nos sorprendieron, en medio de nuestro abandono, arrojándonos algunas piñas que desdeñamos sin embargo nosotros, como fruta demasiado silvestre.

La noche, entre tanto, empezaba á tender su denso velo, y ya no nos quedó tiempo mas que para contemplar desde lejos la Pobleja y la Torreta, dos casas de labor, situadas á larga distancia una de otra sobre dos graciosas colinas, y encaminarnos á toda prisa al convento.

Un tierno pastorcillo, de ocho á diez años de edad, rubio y bello como pudiera serlo el mismo Alexis tuvo la amabilidad de cambiarnos por algunos restos de jamon, un trozo de su pan, chato y apelmazado como una torta, y nosotros entramos en nuestra celda ricos con aquella adquisicion, pensando convertirla como efectivamente lo hicimos, merced á una ingeniosa combinacion con mas succulentos manjares, en una especie de pastel rudimentario, que los del país llaman *gazpacho*, y que aquella noche nos sirvió de cena.

De sobremesa y para aguardar la hora del sueño, fue preciso inventar algun entretenimiento. No era esta difícil tarea para personas de ingenio, como mis compañeros de viaje, y asi es que bien pronto imaginaron varios á cual mas discretos. Pusiéronse quincenas, advináronse charadas, pronunciáronse discursos alegóricos, improvisáronse sonetos, se entonaron himnos gastronómicos en honor de cierto pavo asado que un solícito amigo de Valencia habia tenido la sabia prevision de enviarnos, y por último el jóven poeta valenciano L.***, cautivo largo rato nuestra atencion y escitó nuestra hilaridad refiriéndonos, en el dialecto del país, cuentos, anécdotas, deliciosos chascarrillos, con esa *vis cómica* que en sus piezas de costumbres ha derramado á manos llenas, y que tanta popularidad le ha dado en la ciudad del Cid, haciéndole digno rival de Bernat Baldoví, el chistosísimo escritor *sueco*.

Pero el que supo coronar dignamente aquella improvisada academia, fue Teodoro Llorente—permítaseme citar aquí su nombre con todas sus letras—jóven ya ventajosamente conocido en Madrid, donde sus poéticas traducciones de Víctor Hugo han encontrado, gracias á la autoridad de Alarcon y de Navarrete, la benévola acogida que se merecen. Teodoro nos recitó el *Ultimo canto de Haroldo*, con que el tierno Lamartine se ha encargado de completar el poema del inmortal Byron, que nuestro amigo ha vertido al castellano en bien cortadas estrofas, en correctos y sonoros versos. Cada una de ellas escitaba en nosotros un grito de emocion; pero cuando llegó á aquel pasaje en que el *sublime cantor de Grecia*, bajo su trasparente seudónimo, escita á los griegos á la pelea, nuestro entusiasmo no pudo ya contenerse. Hé aquí lo que daba origen á este sentimiento:

«Una palabra sola á vuestro idioma
«hoy resta... ¡Libertad!... Y ¿qué deciros
«pudiera yo, Espartanos, Atenieses?
«Ese cielo, esos montes, esos rios
«serán vuestros Demóstenes!... do quiera
«vuelvo los ojos ó la planta imprimo,
«la sombra del pasado se alza y cuenta
«triunfo glorioso ó funeral martirio.
«De Maraton á Leutres todo os grita:
«Patria, venganza libertad!... Henchido
«de noble esfuerzo el corazon, no arengas,
«hierro pedis, y hierro os traigo. Al filo
«de esas, que á empuñar vais, guerreras armas,
«la sangre brote del tirano inicuo;
«y si la espada en vuestra mano tiembla,
«volvéd á vuestro ayer los ojos tímidos,
«y en mañana pensad! Basta á los siervos,
«para inflamar el apocado espíritu,
«el fragor escuchar de sus cadenas.
«Nada por precio de mi don os pido:
«de morir con vosotros, nobles griegos,
«solo el derecho dadme.»

« Del proscrito
«del no olvidado nombre bañe un dia
«de la gloria una lágrima, y los siglos
«del restaurado Partenon lo lean
«en el cimiento indestructible escrito.»

Calló el poeta, y conmovidas aun nuestras almas, agitado nuestro corazon con tan nobles acentos, buscamos en el lecho un calmante á la fatiga del cuerpo y del espíritu, y dormimos un sueño embellecido por blandas ilusiones, por risueñas y brillantes imágenes.

V.

El tercer dia de nuestra excursion fue consagrado á estudios artísticos y monumentales.

No bien habiamos tomado el indispensable y matinal desayuno, dejamos nuestra vivienda y nos dirigimos á examinar el puente que, como ya he dicho, da fácil y cómodo acceso al convento. Está tendido sobre un barranco plantado de hortalizas y árboles frutales; tiene un ojo magnífico de piedra y puede considerarse relativamente á la época de su construccion como una obra de mérito. Pero ¿qué ha de envidiar nuestro siglo en este punto á la espléndida antigüedad de Roma, cuanto mas á la inculta y tosca Edad Media?

Barbara pyramidum sileat miracula Memphis; callen hoy las grandes vias romanas, los puentes y los acueductos de Trajano, ante esas maravillas de que ha sembrado el globo la saliduría moderna, ante esos senderos profundos abiertos en las entrañas mismas de la tierra, ante esos tubos de metal por cuyos huecos circulan pueblos enteros, ante esas atrevidas arterias que ponen en contacto los mares, ante esos monstruos aligeros, ante esos espíritus misteriosos que conducen hoy rápidos como el relámpago, la materia y el pensamiento.

Ya no hay obstáculos para nosotros ni en la ausencia ni en la distancia, ni en las montañas ni en los desiertos; hemos domado las olas del Océano; hemos arrancado el rayo á los cielos; tenemos, como los dioses, el don de ubicuidad; hemos vencido á la naturaleza.

Y todo esto, sin la opresion ni la esclavitud, sin la ignorancia ni la miseria, sino por la ciencia y por el trabajo, por la razon y la libertad, para el bienestar y la emancipacion del mundo. ¿Qué tienen que oponer á ello ni Roma ni Atenas, ni Menfis ni Cartago, ni Jerusalem ni Tiro?

¡*Barbara pyramidum sileat miracula Memphis!* podemos exclamar—pese á los panegiristas de los antiguos tiempos—con noble y legítimo orgullo.

Pero cerremos ya este paréntesis.

Desde el puente subimos unas gradas de sillería y llegamos á una ancha plaza enlosada que sirve de atrio á la iglesia. La portada de esta es sencilla: se compone de dos cuerpos regulares, el inferior del orden dórico y el superior del jónico. En el primero y en los dos nichos de sus intercolumnios hay una estatua de San Bruno y otra de San Juan Bautista; en el centro del segundo, se levanta la de Nuestra Señora de Portaceli. Todas tres estan labradas en mármol blanco, con un primor y gusto que revelan un cincel maestro.

Antes de penetrar en el templo, quisimos recorrer el acueducto, y encaramándonos por una escalera estrecha y medio derruida, nos encontramos bien pronto en lo mas alto de los arcos que constituyen aquella obra magnífica. Allí pudimos recordar á nuestro sabor la leyenda de la *Silfide*, que ha escrito en deliciosos versos el oriental poeta Arolas. Es una tradicion llena de interés y de fantasía.

Un monge de la Cartuja, que en vano habia querido ahogar sus pasiones bajo la cogulla, sintió por cierta mujer jóven y bella de las cercanías un amor que no tardó en ser correspondido. Los dos amantes trataron de verse y hablarse sin ser sorprendidos, y creyeron hallar un medio seguro en el acueducto. Por él penetraba, en efecto, todas las noches la intrépida jóven en la celda del monge, y él solo fue por mucho tiempo testigo del dulce lazo que unia á aquellos dos corazones, hasta que al fin la comunidad llegó á descubrirlo, y el desgraciado amante fue encerrado en una prision estrecha por toda su vida, mientras moria lejos de él, de dolor y desesperacion, la *Silfide del acueducto*.

Así al menos nos contó la leyenda nuestro místico amigo B.***, y así se la repito yo á mis lectores.

Entre tanto habiamos bajado por otra escalera, y nos hallábamos precisamente en la celda que servia de cárcel á los monges á quienes se juzgaba dignos de una correccion mas ó menos duradera. Esta celda tiene un mirador á la iglesia, sin duda para que el penado pudiese asistir á los divinos oficios; una tarima de madera hace en ella las veces de lecho, y aun conservan los muros inscripciones groseras de nombres, fechas, versículos, y textos del Antiguo y Nuevo Testamento. Mi corazon no pudo menos de estremecerse al leerlas, y pensé con terror en los desgraciados que habrian habitado aquel triste recinto. ¡Cuántos de ellos serian víctimas quizá de la intriga y de la calumnia, de que ni aun los monasterios han estado exentos! ¡Cuántos otros se verian condenados á purgar allí crímenes, que ha absuelto despues la Historia de acuerdo con una moral mas ilustrada, aunque menos fanática y ciega!

Lero á todo esto ya habiamos penetrado en el interior de la iglesia y sus sagradas bóvedas, aunque silenciosas y solitarias, infundian en nuestras almas no sé qué involuntario respeto. El templo es pequeño, pero bellísimo por su forma regular, y por las preciosidades que todavia encierra. Compónese de una sola nave de dimensiones proporcionales; el pavimento es todo de piedra negra con embutidos de piedra blanca artísticamente distribuidos; los frontales de los altares de estuco, labrado prolijamente, segun Villanueva, por un lego del mismo monasterio; las columnas del altar mayor y el tabernáculo del trasagrario de la preciosa piedra de Náquera llamada vulgarmente *de aguas*, y de brecha de Segart los arquitraves y otras piezas. Las paredes se hallan cubiertas de grandes cuadros que representan asuntos religiosos, entre los cuales hay dos de San Pedro y San Pablo, que se atribuyen á uno de los Ribaltas, y las bóvedas están primorosamente pintadas al fresco. La sillería del coro, toda ella de nogal, se conserva intacta, y á los piés de la iglesia se ven dos retratos de dos monges, que llaman la atencion por sus fisonomías dignas y severas. El de la derecha es de Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, erudito jurisconsulto y orientalista, jurado de Valencia en 1888, autor de una traduccion valenciana de la Biblia, comentador de los Fueros del reino, y hermano del gran Santo y gran político Vicente del mismo apellido. El de la izquierda es del nobilísimo Francisco de Peñaranda que, siendo ayo del heredero del trono, cayó en desgracia del rey de Aragon don Martin, por haber muerto el príncipe una noche en el lecho, á cuyo lado dormia él mismo, despues de lo cual abandonó la corte por el claustro, disgustado ya de las pompas y vanidades del mundo. A uno y otro personaje debe notables mejoras el monasterio. Peñaranda construyó á sus espensas el acueducto; Ferrer mandó cercar de tapia la *Torreta*, para criar allí viñedos que producen los deliciosos vinos de la *Cartuja*, célebres desde aquella época.

Seria prolijo describir aquí todos los pormenores artísticos en que abunda la iglesia; pero no debo, al menos, pasar en silencio el aspecto que presentó á nuestros ojos visitándola por la noche al resplandor de dos ó tres velas. Tuvo esta idea felicísima—que no sé quién de nosotros calificó muy oportunamente de *sibaritismo arqueológico*—nuestro sabio amigo A.***, y al momento fue acogida por todos, como era natural entre poetas. En su consecuencia nos proveimos de luces, y comenzamos á vagar como verdaderas almas en pena por los cláustros y por la iglesia misma. Nuestras sombras, que se proyectaban fantásticas al través de los arcos; nuestros pasos y nuestras voces, que resonaban confusamente en los muros; la soledad y el silencio que reinaban en torno nuestro, todo contribuía á dar á aquella visita nocturna el encanto de la poesía. Pero cuando este subió de punto fue al atravesar uno de los cláustros, en cuyo centro crecen todavia frescos y lozanos algunos árboles y flores. Nuestro buen guia Ciriaco, que nos acompañaba, se sobrecogió de terror, creyendo ver aparecerse cierta fantasma blanca de no sé qué popular conseja. En vano tratamos nosotros de calmar su preocupacion; sin atender á nuestras palabras, sin escuchar nuestras razones, Ciriaco se dió á correr con la única luz que quedaba ya encendida, pues las demás se habian consumido ó las habia apagado el viento, y fue preciso que, á tientas en medio de la oscuridad, aquí tropezando y mas allá cayendo, nos volviésemos nosotros solos á nuestra celda, donde A.*** tuvo la amabilidad de comunicarnos curiosas noticias sobre el origen del convento.

—La *Cartuja de Portaceli*, nos dijo, fue fundada en 1272 por fray Francisco Andrés Albalat, tercer obispo de Valencia, en un sitio, que antes de la Conquistista se llamaba *Luleu*; y el prelado juntamente con su cabildo la dotó de todo aquel valle y sus rentas, concediéndole las primicias de Liria, Benaguacil, Puebla de Vallbona, Onda, Burriana y otros pueblos menos importantes. Hizo ademas patronos perpétuos del monasterio á los obispos de Valencia y obligó á los frailes á que por feudo y reconocimiento de las décimas que habian de pagar, le acudiesen á él y á sus sucesores con diez sueldos de censo. Así consta al menos de la carta de fundacion y donacion, que el mismo fray Francisco pasó en dicha ciudad y año, tal como se conserva en los archivos del Cabildo, y así lo afirma tambien el erudito Escolano en su *Historia de Valencia*.

Tales fueron las palabras de nuestro amigo A.***, pero, ya al pronunciarlas, la mayor parte de mis compañeros yacian en los brazos de Morfeo, y yo solo quizá tuve la fortuna de recogerlas.

VI.

Amaneció el siguiente dia, y lo primero que vieron nuestros ojos, al asomarnos á la ventana, para saludar á la aurora, fueron las tartanas en que habiamos de volver á Valencia.

Quisimos entonces despedirnos de *Portaceli*, dar un adios á aquellos valles risueños, á aquellas cimas pintorescas, que nos habian proporcionado tantos placeres sencillos, tantas horas de feliz aislamiento; y un fenómeno físico, cuya existencia habiamos ignorado hasta

aquel momento, vino á hacer esta despedida sumamente sentida y patética.

Era un eco de siete sílabas, que con sonido claro, simpático y dulce, como la voz de una sirena, reproducía nuestras palabras mas tiernas.

—¡Adios, Portaceli!

Esclamábamos nosotros; desde una cruz de piedra, que hay en el camino, á unos cincuenta pasos del convento.

—¡Adios! ¡Adios!

Respondía distintamente el eco.

Y aquella no era, como se imaginaba la idolatría romana una divinidad mofadora, sino un genio amigo y cariñoso, el genio de las montañas vecinas, que mostraba su dolor por nuestra ausencia.

—¡Adios, Portaceli!

Le decíamos aun conmovidos, caminando ya en dirección á Valencia, y...

—¡Adios! —¡Adios!

Repetía él tambien, no menos quejumbroso y doliente.

¡Oh! no se me olvidará mientras viva aquel *adios* ni aquel *eco*.

M. C. Y GONZALEZ.

EL CASCARO DE NUEZ.

CUENTO FANTÁSTICO-MARÍTIMO.

(CONTINUACION.)

Los argelinos retrocedieron espantados dejando libre la cubierta por aquella parte, y Mustafá envainó el alfanje y se detuvo á cuatro pasos de su querida.

«—¡Qué es esto, luz de mis ojos; por qué huyes de mí, hurí mas hermosa que las huris del paraiso?— la dijo el pirata devorándola con sus ardientes miradas—¿por qué huyes de mí, si sabes que eres la vida de mi vida, el alma de mi alma y las delicias de mi existencia? pero ¿quién es ese hombre?—preguntó, al ver al oficial francés, en el cual no habia reparado hasta entonces, á uno de los argelinos que habian estado en el crucero—¿Por qué le traeis á mi presencia? ¿por qué no ha muerto con los demás?— y los ojos del pirata, mis buenos y queridos muchachos se fijaban airados y alternativamente en los dos jóvenes amantes como si presintiese el amor que los unia.—Dí, miserable esclamó arrastrando hácia sí por el brazo á uno de los piratas que sujetaban al comandante—¿por qué me traeis á ese hombre?»

«—Ese hombre—le dijo tranquilamente el segundo del buque acercándose respetuosamente—estaba cubriendo de caricias á esa mujer cuando llegamos al crucero.»

«—¿Y ella?—le preguntó Mustafá temblando de ira.»

«—Ella le acariciaba tambien.»

«—¡Matadle! ¡despedazadle!—gritó fuera de sí, lanzándose sobre su rival al que trataron de acometer á la vez unos cuantos argelinos.»

La hermosa marsellesa, dando un salto terrible y blandiendo el puñal que no habia soltado aun, se colocó entre los asesinos y su amante.

«—Piedad para él—le gritaba la jóven—piedad para él.—»

Pero Mustafá, ciego de ira, continuaba gritando: «—Matadle; matadle; pero lentamente; quiero gozarme en su agonía, quiero ver caer una á una todas las gotas de su sangre.—»

Penetrada la jóven de que nada podia salvar á su amante; por evitarle el martirio que aquellos miserables le preparaban, y por no ser presa despues de la brutalidad de Mustafá, se precipitó sobre el jóven comandante, le estrechó un momento contra su corazon, le hundió el puñal en el pecho, y humeante aun su arma con la sangre del oficial la clavó en su corazon: los dos amantes se tendieron mutuamente los brazos, él articuló con bastante dificultad la palabra—gracias—y ambos cayeron exánimes sobre el puente.

Una explosion terrible conmovió entonces al *Cáscaro de Nuez* que estuvo agitándose como un mimbres por espacio de algunos segundos.

El fuego de la mecha habia llegado á la Santa Bárbara de la corbeta, y esta acababa de volarse cubriendo el mar de fuego y de despojos en un radio muy considerable.

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



LAS PLANTAS DE CLAVELES DOBLES VENDO.

ráble. A la inmensa claridad producida por la explosion se siguió una oscuridad espantosa.

«—La vela—gritó en aquel momento el vigilante de tope—apareja para darnos caza —»

Mustafá, inmóvil como una estatua ante los dos cadáveres, nada oyó.

«—La vela apareja para darnos caza—gritó de nuevo el vigilante, sin llamar por esto la atención de su jefe.

El segundo del buque se acercó entonces á su jefe para repetirle la voz de alerta que el vigilante acababa de dar. Por única contestacion el pirata metió la mano en el seno con ánimo sin duda de sacar y hacer uso de la varita mágica que la maga le habia dado; pero figurados, mis buenos y queridos muchachos, qué estado seria el suyo y cómo le tendria la muerte de la hermosa marsellesa que no habiendo hallado la varita en el punto que momentos antes la habia colocado, ni se inmutó ni se movió de su puesto y siguió contemplando con los brazos cruzados el cadáver de aquella jóven que conservaba aun toda su belleza.

—Y ¿qué habia sido de la varita mágica?—preguntó el pilotin agregado.

—La varita mágica mi querido y futuro almirante, habia vuelto sin duda á poder de la maga del Mediterraneo.

Ya sabeis, mis queridos muchachos, que antes de que Mustafá subiese á tomar el mando del *Cáscaro de Nuez* le dijo aquella hermosísima princesa. «¡Ay de tí si sales del crucero un solo francés con vida!» Pues bien, si Mustafá no hubiera estado tan impaciente por abrazar á la mujer que tanto amaba y tan absorto en contemplarla desde lejos cuando la sacaron de la *Endimion*, hubiese advertido que al poner el jóven comandante del crucero los pies en el primer tramo de la escala, salía del seno del pirata una columna de humo que fue subiéndose por los aires hasta perderse de vista: era la varita mágica que se le escapaba, porque las órdenes

de la maga no habian sido cumplidas. Y hubiera visto mas el *Cáscaro de Nuez* perdido el *Cáscaro de Nuez* estatua que adornó su forma desapareció como por encanto reemplazándola una serpiente que era el mascarón de proa del buque con que tantas fechorías habia cometido Mustafá y que los franceses le habian echado á pique en la noche anterior; pero el pirata no veía, ni oía, ni vio, ni oyó despues de un buen rato de cruzarse pasaba en torno suyo.

«No os parece mis buenos y queridos camaradas—se interrumpió el contraataca mirando atentamente al buque contrabandista—que el bergantin apareja para zarpar? Pues no hay duda—añadió despues de un momento de atenta observacion—hizo ya su negocio y no que le sorprenda aquí el día. Pongámonos en guardia, no sea que el maldito le falte la virada y se eche encima cuando menos lo esperamos.»

Toda la guardia de estribor de la *Bella Micaelita* abandonó sus asientos y se estendió á lo largo de la cubierta, fija la vista en el buque que acababa en efecto de meter á bordo el ancla, y observaba atentamente todos sus movimientos para estar pronta á prevenir un abordaje casual.

(Se concluirá en el próximo número.)

EL CAPITAN BOMBARDIERO

La Academia Imperial en China es una de las corporaciones sabias que obtiene alta consideracion en el Celeste Imperio. Segun recientes noticias, la Academia de los *Han-lin*, que es la Academia de los literatos, depende del Consejo privado del emperador y fue fundada bajo la dinastía de los *Thang*, apasionadísima por la literatura y la poesía, como casi todas las familias que han reinado en aquel vasto territorio. Tiene dos presidentes, siendo por lo regular chino el uno, y mandarín el otro, debiendo ambos pertenecer á la clase de los *tsin-se* ó doctores. Asi como en España, en Francia y otros paises, se desviven muchos hombres por pertenecer á alguna de las principales academias, en China tambien es la aspiracion de todos los estudiosos, si bien semejante honor es algo mas difícil de lograr que en las naciones occidentales.

Ademas de los referidos presidentes, cuenta la Academia de los *Han-lin* con gran número de individuos historiadores, literatos y poetas, de los cuales se cuidan de la formacion y publicacion de obras, otros de la esplicacion y propagacion de graves materias, etc. De estos académicos son escogidos sesenta entre los escritores que hayan obtenido premios en los concursos literarios, teniendo una asignacion anual que equivale á unos 11,520 francos.

Esta grande institucion literaria, ha dicho un escritor bien enterado de las cosas chinas, tiene entre sus obligaciones la de redactar todos los documentos oficiales concernientes á la literatura y á la historia. Sus principales miembros son los jefes de diversas clases de literatura, los cuales hacen todo lo posible para adquirir los mayores conocimientos posibles y renombre, con el fin de llegar á ocupar los empleos públicos, ó desempeñar elevados cargos junto al soberano.—Siendo en China el mérito literario, el mérito por excelencia, los que aspiran á ocupar el primer puesto en los estudios clásicos, están seguros de que llegarán tambien á alcanzar los primeros puestos del Estado. Los emperadores chinos, que muchas veces han querido brillar entre los literatos, se aficionaron á rodearse de los sabios mas célebres del imperio. ¡Dichoso país en que saben remunerarse con gloria y con dinero los afanes de los que cultivan las letras.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La coz de la yegua no hace daño al potro.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG. EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.